

# TIEMPOS DE DESORDEN Y ESPÍRITU CÍVICO: EL LADO DE LA SOCIEDAD

**Víctor Pérez-Díaz**

ASP Research Paper 98(a)/2009

## Sumario

### 1. Las premisas y el contexto

*Las premisas*

*El orden y desorden internacional*

### 2. Orden y desorden español: la mezcla de sociedad civil y de sociedad de corte

### 3. Consideraciones optimistas sobre el desarrollo del espíritu cívico en la sociedad

# ASP Research Papers

## *Comité de Redacción /Editorial Board*

Víctor Pérez-Díaz (director)  
Berta Álvarez-Miranda Navarro  
Joaquín Pedro López Novo  
Josu Mezo Aranzibia  
Juan Carlos Rodríguez Pérez  
Fernando González Olivares (redactor jefe)

## *Comité Científico Internacional /International Scientific Committee*

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)  
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)  
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)  
Peter Hall (Harvard University)  
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, París)  
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)

© Víctor Pérez-Díaz

Este trabajo no podrá ser reproducido en todo  
o en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994

ISSN: 1134 - 6116

## 1. Las premisas y el contexto<sup>1</sup>

### *Las premisas*

¿Cómo hacer para que una sociedad moderna compleja, con un grado alto y creciente de diferenciación interna, pueda funcionar con suficiente orden como para que sus miembros individuales, y las familias y las asociaciones que estos individuos componen, se sientan bien, en el grado y la manera que les permita, al menos, vivir juntos en paz unos con otros? Ese “¿cómo hacer?” tiene varias respuestas. Una tiene que ver con los órdenes semiespontáneos de la economía y la sociedad. Otra se refiere a la organización de la ciudad.

La ciudad, la comunidad política, debe ser tal que sea capaz de reproducir un orden que las gentes entiendan que es, por utilizar las expresiones corrientes, decente, sensato, justo, humano; en cada momento histórico, en cada lugar, el contenido de estos términos se llenará de referencias vividas un poco, o un mucho, distintas.

Deberá hacerlo contando con una diferenciación crucial entre dos tipos de personas (y los *grupos* de personas correspondientes), la que se da, una y otra vez, y en las condiciones históricas más dispares, entre “los pocos” y “los muchos”, entre las elites y el conjunto de la sociedad. Y, dentro de la tradición occidental al menos, uno de los postulados de la teoría social clásica ha sido, y es, que para que ese orden sea efectivamente, digamos, decente y justo, es preciso que esas elites tengan cierto nivel de espíritu cívico, y que la sociedad esté formada por ciudadanos razonablemente implicados y activos en la cosa pública, o al menos contenga una suficiente masa crítica de ellos.<sup>2</sup>

A sensu contrario, si las elites degeneran en oligarquías y si la sociedad degenera en masas pasivas, no es de esperar un orden de tales características, decente y justo, sino el desorden, indecente e injusto, correspondiente.

Ahora bien, si pasamos de la teoría a la realidad histórica lo primero que encontramos es que las cosas son una mezcla de orden y desorden. O más bien, son diversas mezclas. Cada momento y lugar tiene grados y modos de desorden diferentes, y es preciso discernirlos caso por caso, y hacerlo con la mayor ecuanimidad posible, sin dejarse llevar del exceso de optimismo

---

<sup>1</sup>Una discusión en cierto modo complementaria con la de este trabajo, pero mirando más bien del lado de la clase política, puede encontrarse en Víctor Pérez-Díaz, “El malestar de la democracia aquí y ahora: el lado de la clase política”, en *ASP Research Papers* 97(a)/2009 (disponible en [www.asp-research.com](http://www.asp-research.com)).

<sup>2</sup>Ver un desarrollo de este argumento en Víctor Pérez-Díaz, *El malestar de la democracia*, Barcelona, Editorial Crítica, 2008.

o pesimismo. Es posible mejorar las cosas, pero no hay que caer en la posición del Doctor Pangloss,<sup>3</sup> que creía vivir *ya* en el mejor de los mundos posibles; y el apocalipsis llegará en su momento sin que tengamos que adelantarlo: está en las manos de Dios más que en las nuestras.

Con todo, por qué negar que estamos en un momento interesante en el que, contra el telón de fondo de un coro de alabanzas a la globalización y la modernidad, algunos pueden pensar que los fantasmas de la guerra (terrorismo, rosario de guerras locales, proliferación nuclear), la enfermedad (léase, pandemias, por ejemplo) y el hambre, al menos en la forma, comparativamente benigna, de una crisis de gran calado en unas partes del mundo y el hambre de siempre en otras, se crecen; y ello sin contar la muerte, siempre tan próxima aunque nos empeñemos en disimularlo. El caballero del grabado de Durero tendrá que seguir ecuánime su curso, quizá escuchando los ecos de un fondo musical amable, pero sin ignorar a sus acompañantes.

Pero veamos las cosas más de cerca, como si lo hiciéramos a través de los periódicos y éstos nos prestaran esa lente un poco distorsionada, de aumento de unas cosas y de olvido de tantas otras, que acaba dando su alimento cotidiano de noticias (y pseudonoticias)<sup>4</sup> al hombre contemporáneo.

### *Orden y desorden internacional y europeo*

Es obvio que el desorden internacional es inquietante. La crisis económica en curso es más que solo económica. Cuestiona tanto las prácticas de negocios y las estrategias de los agentes financieros (atentos a su interés inmediato, con abandono de las reglas tradicionales de prudencia, y descuidados sobre el contenido de sus propias transacciones) y de la sociedad (compradores de inmuebles o desahoradores americanos, por ejemplo) como las políticas de dinero fácil de las autoridades monetarias (un órgano estatal de primer orden) y su laxa regulación de los mercados financieros, a lo que se añade la responsabilidad de los gobiernos y los parlamentos encargados de velar, a su vez, por la actuación de aquellas autoridades. Los fallos del estado y los fallos del mercado han puesto de manifiesto los límites económicos, políticos, cognitivos y morales de las elites, y los gobernantes en particular, muy en primer lugar.

---

<sup>3</sup>En el *Candide* de Voltaire (*Candide ou l'Optimisme*, Paris, Gallimard, 2003 (1759); ver en especial los capítulos 4-6 y 28.

<sup>4</sup>Como diría Daniel Boorstin; ver su *The Image: A guide to pseudo-events in America*, Nueva York, Vintage Books, Random House, 1987.

A ello cabe añadir, naturalmente, el manejo de las tensiones geoestratégicas de rigor. Éstas indican un descuido de varias generaciones en el manejo del conflicto israelí-palestino y uno de (sólo) treinta años en hacer lo propio con el tema iraní, y ahora apuntan a la entrada en un nuevo capítulo de las tensiones derivadas del ataque islamista de hace ya ocho años. Pasamos de los sobresaltos propios de un manejo muy desigual del tema iraquí a una escalada en Afganistán, con reverberaciones que pueden ser cruciales en Pakistán: dos países que, a juzgar por todos los indicios, apenas son entendidos por los gobiernos occidentales desde hace ya bastante tiempo.

Que esto sea inquietante en sí mismo no significa que lo sea tanto a los ojos de unas gentes pacíficas, ajenas a las ambiciones y los ruidos del mundo, y ubicadas en este rincón occidental de Europa que es España. Son ruidos lejanos. Pero, al menos, Europa sí la tenemos más cerca. Formamos incluso parte de ella. Ocurre, sin embargo, que Europa es un problema, o un barco ligeramente a la deriva, o, diríamos en un lenguaje políticamente más correcto, un edificio siempre en construcción. La construcción europea. Sesenta años en plena construcción.

Al cabo de sesenta años la entidad política europea carece de política exterior, y no acierta a saber cuáles son sus propios límites. Discute ad nauseam qué hacer con ese mundo de ahí fuera, pero no sabe cómo orientar su discusión ni cómo concluirla. Tal vez porque no sabe quién es ella misma. Escucha la voz de su narrativa histórica, su cultura, su geografía; pero Europa sacude su cabeza como si, oyendo esa voz, no la entendiera. Espera otra voz que se lo explique. Espera saberlo, tal vez, de una inspiración que le venga del futuro de “la evolución cósmica”.

Entretanto, el qué hacer con Rusia, o el Caúcaso, o Turquía, o Irán (que ya comienza a estar cerca, a la distancia de un misil de alcance medio, por ejemplo) son preguntas que provocan en los gobernantes europeos una ronda de frases entrecortadas, de “sí pero no”, un ataque de angustia existencial. Y el problema no son sólo los gobernantes, sino la esfera pública europea que debería acompañar a ese gobierno, orientarle y limitarle. El problema es que ésta no existe, o apenas. Y eso después de sesenta años de construcción.

Claro que nos queda el consuelo de sabernos manejar con el orden o el desorden local. Que resulta, precisamente, no ser pequeño. Porque el panorama español es un entramado de problemas que no acaban de resolverse, y algunos que ya parecen tan complicados que muchos piensan que no lo serán nunca.

## 2. Orden y desorden español: la mezcla de sociedad civil y de sociedad de corte

Veamos, pues, el caso español, y hagámoslo con una advertencia preliminar: la de que el interés de la situación española no se agota en el que tiene para los españoles. Refleja circunstancias y modos de reaccionar ante ellas que están ampliamente difundidos en muchísimos países. Su situación es mucho más representativa, y en ese sentido más relevante, que la de los (pocos) países que se apiñan en torno al pináculo del sistema de status internacional, con sus primeras potencias y sus segundas como presuntos modelos para el resto del mundo.

Comencemos por el problema de la crisis económica, que es uno de los que en España se piensa que sí encontrarán solución, aunque quizá tarde y mal. En términos de “salir de la crisis” es posible que ello ocurra al cabo de unos años, aunque, entre medias, se alcance una tasa de paro del 20%, como en los viejos tiempos de los ochenta y buena parte de los noventa. Y, por cierto, que con varias nefastas consecuencias. Una ha sido la ralentización de todo proceso de reformas del mercado laboral, lo que supone una segmentación disfuncional entre *insiders* y *outsiders*, la cual hace imposible una reorientación estratégica hacia un cambio de modelo productivo como el que pretende quererse, y así se proclama desde hace dos generaciones, con pocos resultados a la vista.

Otra consecuencia es el acomodo del país con un sistema educativo mediocre, que aparca en lugares de entretenimiento educativo a una parte sustancial de la juventud durante unos años formativos que hubieran debido ser cruciales. Mediocridad de la que son testimonio las elevadas tasas de abandono temprano del sistema educativo (el doble de la media europea), las notables cifras de retraso y abandono de los estudios universitarios, la sensación generalizada entre los propios docentes de que el sistema de educación secundaria va a peor, y la posición rezagadísima de las universidades españolas en los rangos mundiales.<sup>5</sup> A su vez, un sistema educativo mediocre viene de la mano de un sistema de ciencia y tecnología que no acierta a conseguir la convergencia de España con los países europeos que deberían servirle de referencia en el tema, crucial, del desarrollo tecnológico. El hecho es que, a pesar de mejoras evidentes respecto del punto de partida, lo conseguido por el país en términos de convergencia con esos países en estos últimos veinte años ha sido muy poco. De mantenerse la tendencia, España alcanzará el nivel de

---

<sup>5</sup>Los datos sobre docentes se encuentran en Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez, *La experiencia de los docentes vista por ellos mismos: una encuesta a profesores de enseñanza secundaria de la Comunidad de Madrid*, Madrid, Fundación Instituto Empresa. Disponible en [www.asp-research.com/profesores%20cam.asp](http://www.asp-research.com/profesores%20cam.asp). Los datos sobre el *ranking* de las universidades proceden de Times Higher Education Supplement, *World University Rankings 2008*. Disponible en [www.timeshighereducation.co.uk/hybrid.asp?typeCode=243&pubCode=1](http://www.timeshighereducation.co.uk/hybrid.asp?typeCode=243&pubCode=1).

patentes triádicas por población del Reino Unido en siglo y medio, el de Francia en dos siglos, y el de Alemania en cuatro siglos.<sup>6</sup>

Mencionaré, además, como indicador de otros problemas intrincados y de difícil solución que se eternizan, la impresión generalizada de que el país dispone de un sistema de justicia lentísimo (en el que un asunto como el caso Madoff, que se ha resuelto en Estados Unidos en muy pocos meses, hubiera llevado aquí fácilmente diez años), o de que las grandes decisiones sobre la energía, por ejemplo, son simplemente decisiones que no *se toman* como tales, sino que *se deja que ocurran* al albur de cómo van los vientos electorales, la opinión del momento y los apaños a la vista. Todo ello rodeado, eso sí, de la retórica sesuda y grandilocuente de turno.

Todo esto puede parecer a unos y otros más o menos discutible, pero lo que parece serlo menos es el curioso embrollo constitucional en el que el país se ha ido enredando con el tema territorial. Extraño devenir de un tema que parecía destinado a ser tratado con tanto espíritu de estado. Al fin y al cabo éste fue el único tema dejado a la iniciativa de la clase política de la transición, si lo pensamos bien. El tema de la transición a la democracia estaba marcado por el destino: la muerte del general Franco, y la ubicación de España en el espacio geohistórico de Occidente desde hacía ya mucho tiempo, amén de veinte años de intensa y continua preparación económica, social y cultural. Que lo que íbamos a tener era una economía de mercado con sus aditamentos normales (en Occidente) de un sistema de bienestar entre público y privado era lo más normal del mundo, lo esperable. Ni siquiera los socialistas más mentalmente radicales del momento podían imaginar que pudiera ser de otro modo, dado que se estaban preparando para ser como los socialistas del resto de Europa, socialdemócratas de hecho, matices verbales aparte.

El sistema político y el sistema económico de la transición no podían ser más que lo que fueron. Les quedaba a los políticos, y al país, un margen de, digamos, libre arbitrio. El de las autonomías territoriales. Y aquí, no el libre arbitrio pero sí el buen sentido les falló, y, para ser justos, nos falló a todos los españoles, un tanto.

El hecho es que, al cabo de los tiempos, las cosas han ido derivando, por razón (sobre todo) de una acumulación de descuidos y oportunistas de parte de diversos gobernantes, con la aquiescencia (no cabe olvidarlo) de las otras elites y del propio electorado, hacia la situación de un conflicto recurrente, o permanente, por el reparto de las competencias entre las

---

<sup>6</sup>Los cálculos se refieren a la evolución de las llamadas patentes triádicas, es decir, a las presentadas en las oficinas de patentes de Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Ver Víctor Pérez-Díaz, “Ciencia, cultura y convergencia de España con los países avanzados”, *ASP Research Papers*, 88(a)/2009, y Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez, *Desarrollo tecnológico e investigación científica en España*, Madrid, Fundación Iberdrola, 2005.

comunidades autónomas, que no sólo deriva en un conflicto por todo tipo de recursos, sino que pone de manifiesto la dificultad para establecer unas maneras civiles y unos criterios comunes. Este proceso no se ataja con meros compromisos fácticos y argucias jurídicas. Y no lo hacen porque, por debajo de esos conflictos se va gestando, crece y se acentúa un clima de desconfianza y una progresiva desafección de los corazones.<sup>7</sup> Esto augura nubes cada vez más densas y oscuras en el porvenir. Despejarlas requiere un sentido de lo común que aquí falta, y una dosis generosa de paciencia e incluso un toque de caridad bien entendida de lo que no parece que estemos sobrados. Como mínimo, en todas partes convendría combatir el mal hábito de las expresiones y los sentimientos de desprecio al adversario político (por no hablar del hábito de la amenaza y del asesinato político en algún territorio). El problema es intrincado, porque la promesa implícita en el federalismo (pues de una variante de federalismo se trata) estriba en hacer compatible el principio del consentimiento de los ciudadanos que está anclado en su vinculación con territorios locales precisos con la gobernabilidad de un conjunto en el que todos están relacionados con todos, y todos los recursos se mueven en todas las direcciones. Pero precisamente la complejidad de la cuestión requiere de la frialdad del juicio, y la decencia básica de los sentimientos.

Si alguien cree que problemas de esta índole pueden resolverse mediante consensos de circunstancias y sin que las elites y la comunidad de ciudadanos experimenten cambios muy profundos, pecará de exceso de optimismo. Confiar en el juego de las instituciones es cosa vana, porque las instituciones no son agentes reales de verbos de acción. La democracia no es una dama, sabia o no tanto, que se encara con *sus* problemas. Son los hombres y las mujeres de la ciudad quienes, usando rectamente las instituciones democráticas, pueden resolver los problemas o agravarlos. Si no los entienden, o si se obcecán y se dejan de llevar del espíritu de la confusión y de la división o de la ira, los empeorarán; y pagarán las consecuencias.

Todos estos problemas, juntos, forman un cuadro dramático, pero hay que procurar no confundir aquí los géneros literarios. Tampoco conviene exagerar, ni convertir lo dramático en trágico antes de tiempo; como tampoco conviene tomarlo en melodramático, ni en tragicómico. Se puede vivir con esos problemas mientras van empeorando, poco a poco; o mientras

---

<sup>7</sup>Que es muy posible que las argucias jurídicas y las maniobras (y compromisos ambiguos) de los políticos no basten y puedan tener consecuencias contraproducentes, y que los sentimientos puedan desbordarse, y que los conflictos puedan enconarse hasta llegar a situaciones críticas gravísimas viene avalado por otras experiencias de federalismo, entre ellas, en particular, la propia experiencia de las tensiones entre los Estados de la Unión (es decir, los Estados Unidos) durante buena parte del siglo XIX. Véanse a este respecto las observaciones de John Quincy Adams, que reflejan las preocupaciones a este respecto de quien fuera uno de los primeros presidentes del país, a la altura de 1838, citadas en Thomas Dilorenzo, *El verdadero Lincoln*, Madrid, Unión Editorial/Instituto Juan de Mariana, 2008, p.95.



permanecen como estancados. Las gentes tienen cierta capacidad para adaptarse a situaciones de ese tipo, y vivir al día; sobre todo si las gentes son pacientes y de buen conformar. Al fin y al cabo, se trata de problemas que resisten bien la comparación con los de la España de ayer, y con los de numerosos países del momento. Todo depende del nivel de exigencia, de aquello a lo que se aspira como forma de vida. Aquí de lo que se trata es, simplemente, de no engañarse, y procurar no equivocarse al prójimo, lo cual pasa por ajustar los términos de la discusión.

Decía Confucio que para poner las cosas en su sitio, para ordenarlas, convenía comenzar dándoles su nombres propios.<sup>8</sup> El nombre correcto de una sociedad que trata sus problemas como suele hacerlo la sociedad española (y obviamente no sólo la española: el nombre se puede aplicar a otras varias sociedades europeas, y no europeas), es probablemente el de una mezcla de sociedad civil y de sociedad de corte. Es decir, una sociedad en la que, por una parte, se dan todas las instituciones de una sociedad civil, con su democracia liberal, sus mercados abiertos, su trasiego de movilidad social y su pluralismo asociativo, y, al mismo tiempo, por otra parte, muchas cosas se hacen por medio de arreglos, repartos y pependencias (controladas) entre las elites un tanto oligárquicas de su vida política en conversaciones con unas elites económicas y unas elites culturales una buena parte de las cuales adopta prudentes, y aun prudentísimas, en la consecución de su interés. En esta sociedad de corte hay divisiones, hay consensos, hay alternancias y hay repartos; todo lo cual deja un espacio abierto para las decisiones que, en tales condiciones, se pueden tomar, y que no son, en el fondo, muchas. De aquí que, si las cosas se dejaran a sí mismas, la solución de los problemas, los grandes problemas, se iría posponiendo.

### **3. Consideraciones optimistas sobre el desarrollo del espíritu cívico de la sociedad civil**

Imaginemos que “nosotros”, quienesquiera que seamos, decidimos que la sociedad civil es mejor que la sociedad de corte, y queremos mejorar las condiciones del país en este sentido; lo que, de paso, supone empeñarnos en resolver en todo o en parte aquellos problemas. Puestos a mejorar el país en cuestión, en este caso, España, habremos de colocarnos en una actitud de esperanza y de optimismo razonable. Y hacernos unos a otros las recomendaciones más prudentes que nos sea posible, las cuales pueden dirigirse tanto a las elites como a la sociedad. En este caso, permítanme que, por el momento, me fije en la sociedad de los ciudadanos de a pie,

---

<sup>8</sup>“Si los nombres no son los correctos, los discursos no serán apropiados. Si los discursos no son apropiados, los asuntos no pueden solucionarse. Si los asuntos no pueden solucionarse, los ritos y la música no pueden florecer. Si los ritos y la música no pueden florecer, los castigos serán injustos. Y si los castigos son injustos, la gente no sabrá cómo comportarse”: de los *Analectos* de Confucio, citado por Jean Lévi, *Confucius*, Paris, Pymalion/Gérard Watelet, 2002, p. 127.

y me atreva a sugerir algunas ideas que pueden contribuir, a mi juicio, a mejorar las cosas. Me limito, conste de entrada, a ideas muy generales que pueden reforzar la confianza de los ciudadanos a asumir directamente responsabilidades por la cosa pública y a actuar. No entro, por tanto, en recomendaciones específicas.

Por lo pronto, la sociedad tiene que aclararse a sí misma y su relación, en primera instancia, con la clase política. No debe dejarse colonizar por ella, si es que ésta lo intenta (que puede no llegar a tanto). Pero tampoco tiene que tomarla como modelo de su propia conducta si la ve enzarzada en una cultura de la animosidad y el agravio permanente. Si tal cosa ocurre, no hay razón para imitarla. Hay que marcar distancias respecto de esas malas prácticas.

Pero, por otro lado, tampoco es razonable que la sociedad se dedique a la queja y el improperio contra la clase política. Si se queja, sólo indica su propia debilidad; y lo que tiene que hacer, entonces, es hacerse más fuerte, alimentarse (incluyendo el alimento espiritual), hacer ejercicio, entrenarse un poco. Su posible propensión a pedir y quejarse sugiere una actitud un poco falsa respecto a la clase política, como si la sociedad, como electorado, no fuera responsable de haberla elegido, en primer lugar, y de reelegirla una y otra vez. Además, tampoco hay motivo para pensar que la sociedad sea mucho mejor o mucho peor que la clase política que tiene; lo más probable es que sean parecidas. No hay razón pues para denostarla o desdeñarla. Simplemente se la observa con atención, se la corrige, se hacen las cosas que haya que hacer. Quizá esto incluye, entre otras cosas, echarla de sus puestos y elegir otra. Con todo respeto. Incluso con cariño. Cosas así de sencillas.

En el fondo, la sociedad tiene que hacer un poco de autocrítica y pararse a pensar si no será que tiene hacia la clase política una actitud ambivalente por la simple razón de que ella misma, la sociedad, querría ser también parte de esa sociedad de corte que vislumbra que existe, allá arriba, de ese maremágnun de las élites haciendo sus apaños, al que no acaba de llegar. Le conviene en estas cosas alcanzar cierto grado de, digamos, claridad moral.

Y luego, y sobre todo, tiene que dejar de obsesionarse con la clase política y *pasar a la acción*. Para esto, en muy breve resumen, creo que le conviene lo siguiente. La ciudadanía tiene que confiar en sí misma, organizarse y actuar. Y para ello tiene que desarrollar tres recursos básicos.

Primero, tiene que reforzar su motivación para implicarse en la cosa pública. Le hace falta una filosofía moral vivida de la libertad y de una comunidad fraterna. Tiene que abjurar, por el contrario, de lo que le inclina a la servidumbre voluntaria, y al odio, la envidia, la insidia

y la ira contra sus semejantes. Que esto suene a música celestial no es objeción suficiente. De hecho *es* música celestial. Precisamente celestial. Es decir, evoca en las comunidades de hoy el eco de mensajes religiosos profundos, de llamadas a la fraternidad humana, que, rectamente entendidos, los seres humanos nunca debieron desoír. Es así de simple.

Segundo, le conviene incrementar su nivel de energía. Las gentes pueden vivir con cierta intensidad o dejarse llevar. No conviene dejarse ir. Proclamar valores y no realizarlos, no convertirlos en conducta y hábito (en lo posible) es transformarlos en cáscaras vacías. Las palabras huecas pueden tener su encanto, pero es un encanto muy precario, y, si fingido, más bien decepcionante. Por otra parte, incrementar el nivel de energía no implica su exceso y su desbordamiento de toda forma razonable, su conversión en furia, por ejemplo, la furia destructiva de una guerra civil.

Tercero, sobre todo, hace falta cultivar una visión razonable de las cosas. El gran déficit de la sociedad, y de las elites españolas, es su déficit cultural. De educación, de hábito de las prácticas científicas, de razonamientos ordenados, de comunicaciones persuasivas, de cultivo de la inteligencia. No cabe discutir en la esfera pública de asuntos complicados que casi nadie entiende, ni sabe explicar, ni sabe explicarse; nadie, incluyendo, en primer término, las elites de turno. A falta de entender de lo que se está hablando, la esfera pública se convierte en el escenario de una parodia del teatro del absurdo. Vano y contraproducente. Porque entrecruzar gritos e insidias destruye la ciudad a largo plazo, o no tan largo.

La buena noticia es que estos tres recursos de motivación, energía e inteligencia están plenamente al alcance de las gentes ordinarias que son los ciudadanos corrientes. Todos ellos tienen esos recursos de motivación, de energía y de inteligencia, y de hecho los emplean, con abundancia, en sus asuntos privados. No tienen más que apoyarse en esa experiencia, y trasladar esos mismos recursos a la esfera de los asuntos comunes. No “entregárselos” a los especialistas políticos, ni a las elites de uno u otro porte. Usarlos ellos mismos.

Y sin embargo, justamente cuando se ha llegado a esta situación, ahora, al final del día, es el momento en el que la sociedad, más confiada en sí misma y en su capacidad de deliberación y de acción, puede y debe restablecer la relación con la clase política y con las elites culturales. Una relación planteada ahora en términos distintos, de igualdad real, de reciprocidad y de responsabilidades en parte compartidas y en parte diferenciadas. Porque, para el último tramo del camino que conduce a la decisión y a la acción colectiva en los temas de mayor empeño, la sociedad necesita crucialmente de políticos, como necesita de elites culturales. Necesita la acción profesional estructurada y permanente de los políticos en torno a la discusión y la gestión de los

asuntos comunes. Como necesita de razonamientos expertos y de explicaciones de sentido de cierta complejidad, que sepan articular las necesidades del presente con una narrativa histórica y con una tradición cultural de cierta envergadura.

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios S.L.

Quintana, 24 - 5º dcha. 28008 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 5414746 • Fax: (34) 91 5593045 • e-mail: [asp@ctv.es](mailto:asp@ctv.es)

[www.asp-research.com](http://www.asp-research.com)